



PACIFICO

MAGAZINE

NOVIEMBRE
1910

Precio
UN PESO



El frutillero

VENDEDORES AMBULANTES

El grito desapaible que nos despierta cada mañana ofreciéndonos cualquier producto de la tierra o de la industria humana, es como la voz del tiempo que nos anuncia la vuelta de cada estación con sus frutos peculiares y sus espectales menesteres.

Del "mote pelao" a las "castañas cocidas" hay la misma distancia que entre las cálidas siestas del verano y las frías veladas del invierno. El primero nos recuerda que llegan los alegres días de pleno sol en que el cuerpo se emborracha de calor y los ojos de luz; días en que son una caricia las sombras de la alameda y un néctar milagroso las frescuras de una bebida simple y sana. El otro nos evoca las noches melancólicas en que el viento barre de las calles la animación de los grupos humanos y los lleva a amontonarse junto a un rescoldo en habitaciones no siempre bastante limpias ni bastante abrigadas.

La reglamentación del comercio y la multiplicación de los emporios de provisiones por los diversos barrios de la ciudad, han traído la muerte de muchas de esas humildes industrias callejeras. La congestión del tráfico en ciertas calles y la severidad de las ordenanzas han limitado la parte explota-

ble, han regimentado a los vendedores ambulantes, han obligado a sucumbir o a deterrarse hacia los suburbios al de la clase infima. El vendedor de maní tostado y de cande suizo, con sus carritos casi elegantes y sus ingeniosos artefactos, han hecho huir avergonzados al motero con su viejo canasto de mimbres y al botellero con su saco al hombro.

Los que vendían zapatos junto a la antiagua pila de la plaza, y que tan mala pasada le jugaron a Martín Rivas, se han establecido ahora con tienda de importaciones donde el cuero de nuestros animales criollos recibe los timbres de una ejecutoria yanqui. Se ha barrido las calles de las humildes figuras de otro tiempo, pero no ha ganado con ello el bolsillo del consumidor.

Desde los primeros tiempos la vida santiaguina dividió a los habitantes en dos porciones que se distinguían entre sí por esta importante diferencia: unos poseían haciendas o chacras vecinas a la ciudad y recibían cada mañana de ella los productos más escogidos; los otros compraban a los inquilinos y medieros de los anteriores el sobrante de esos productos.

En los comienzos de la primavera, pasa-

dos los meses azules de las penurias invernales, repartíase por la ciudad el grito clamoroso de los vendedores ambulantes de verduras y legumbres que anunciaban la abundancia y la baratura de los tiempos viejos. Las cebollas de lechoso tallo, gruesas como el dedo apenas; las papas de piel rosada como la carne de una criatura, todo el surtido de legumbres de una tierra pródiga, a cuartillo el almud.

Junio y Julio, los meses más celebrados del año, recién habían pasado con sus escuadrones de pavos conducidos por la vari-



El complicado mecanismo para el maní tostado

lla del vendedor a través de las calles más aristocráticas de la ciudad. Con una rama de perejil en el pico, aparecían las cachachentas aves, días después, en la mesa de los Juanes, Buenaventuras y Enriques de la patriarcal existencia de esas épocas.

Venían luego los tiempos de la horchata vendida en el cántaro de greda de Talagante, el "hejao cantao" que hoy anuncia solamente el mugido de un cuerno. El frutillero que pasaba arreando su burro; el mismo que debía traer en seguida las brevas de Pascua y los duraznos de Enero. El arriero de boigados bombachos y de bonete maulino había pasado ya con su carga de chirimoyas de Quillota.

Ante las casas en que la indecisa permanecía al aguante sin descanso, desfilan el vendedor con sus ristras de bujías de sebo pen-

dientes del palo que contrapesa en sus hombros; el yerbatero con su bolsa repleta de flatos y ataques biliosos; el dulcero con sus alfajores y bizcochuelos mosqueados; el sandillero portador de las lepidias provocadas por el fruto precoz.

Todo esto pasaba en los tiempos en que el comercio defendido por fuertes capitales aún no salía de su cuenta a disputarse en las calles a los clientes, enviando los elegantes triciclos que hoy vemos sortear los obstáculos del tránsito; cuando aún no soñaban los portales de Sierra-Bella verse convertidos en el Fernández Concha del día, atestado de pequeños puestos de frutas en que la belleza de los productos, el arte de su presentación y el precio andan juntos allá por las nubes...

✽

El vendedor ambulante es el tipo más simpático de la "fauna" callejera. Su voz persuasiva, casi mendicante, ofrece al transeunte apresurado lo que este puede necesitar, para sus necesidades del momento: un par de cordones para zapatos, un vaso de aloja o un paquete de turrón para el niño que marcha de mala gana a nuestro lado.

Junto a él pasan todas las fastuosidades, todas las ambiciones, y él sigue siempre con su sonrisa modesta, su mano estirada en el ademán de ofrecer o pedir algo. Y mientras los demás progresan, amasan una fortuna, la pierden y la vuelven a ganar, él sigue siempre el mismo, con sus ropas de diario y su delantal brillante por el uso; porque sus ganancias son exiguas como su comercio y apenas le permiten apartar cada noche del capital realizado, los centavos que pide el sostén de la familia.

Entre estos modernos mercurios incansables en recorrer la ciudad, hácese notar los brillantes carritos de los vendedores de maní. Las ingeniosas maquinillas que imitan locomotoras, bombas contra incendio, faros y otros objetos de alta mecánica, hablan por todo un capítulo de psicología popular.

La diosa *Réclame*, de nombre galo pero nacida en Yanguilandia, aguza su ingenio en los avisos de los periódicos, en los carteles de las calles y triunfa plenamente en estas complicadas ruedecillas y poleas, que tienen a los ojos del vulgo todo el encanto



El motero

de las miplaturas y la seducción de lo misterioso.

Un volante no mayor que una rueda de máquina de coser arrastra en sus giros las poleas de un juego de transmisiones que podría servir a la más importante fábrica de Lilliput.

El engranaje hace voltear con pausa el cilindro donde se tuestan las inspidas cap-sulas del maní, exhalando en torno un perfume de fruta asada, de aceite y de gasolina.

Aquel cilindro hermético, los escapes de vapor y el silencioso rodaje de toda la máquina, hacen más por la venta de la mercadería que cuanto podría conseguir el más sugestionador de los charlatanes.

Otro tanto hace el cilindro vertical de los barquillos. De los números repartidos al rededor de la ruleta, el único 20 tienta por su misma singularidad, y el jugador que mueve una vez la barba de ballena, se empecina en que ha de detenerse sobre aquella cifra esquivada. Los cinco siguen a los cinco, del bolsillo del comprador al del godo que espera flemático la parada de la aguja en alguno de los 1 ó 2 que hormiguan al borde del disco.

■

El grito del "casero" ha resonado a la puerta; el carretón o el caballo de carga se ha detenido frente a la casa, en espera de la sirvienta que venga a recibir su habitual ración de mercadería. El caballo o el burro que acompaña al vendedor se ha parado en seco, sin necesidad de la menor advertencia de su amo, con la regularidad de un buen burócrata que mide su tiempo entre la oficina y su casa.

No hay "carestía" sin regateos, ni compra que no se haga con la tácita seguridad de haber engañado al vendedor, sin perjuicio de gritarle lo contrario una y mil veces. Por lo general, cada cual trata de engañar al otro, y así la negociación es siempre equitativa.

—¿A sesenta la cuartilla? No embrome casero. Le daré treinta, y no hablemos más.

Y si es tan vieja que no tema confesarlo, la sirvienta agregará:

—¿Cómo cambian los tiempos! Si parece que era ayer no más cuando hacíamos un rico puchero con medio real!

—Así sería, pues, misilá Domitila, pero es que entonces la cuadra de tierra valía veinticinco pesos al año, y un buey treinta pesos. Ahora los patrones atracan duro, y, pa que vea, los de casa han agarrao el gus-



Los canarios de la suerte

to por el té y otra cantidad de vicios de rico...

Con lo cual se le da una amistosa palmadita en el anca a la bestia, y vamos andando hasta completar el paseo que realiza día a día a través de la ciudad, sin faltar ninguno mientras la tierra produzca algo.

✽

Hé aquí que el vendedor ambulante llega a los barrios obreros, donde la cité y el conventillo albergan todas las gradaciones



Vendedoras de camisas a orillas del Mapocho

de la pobreza, desde la que vive limpiamente y hasta con cierto lujo exterior, hasta la que se abandona a la mugre y a la muerte.

De algunas ventanas entreabiertas se tiende un brazo medio desnudo, que indica un sueño tardío y una vida de inercia o algo peor. Discretamente el vendedor pasa lo que le piden y sigue su camino. Esa señora no encuentra nada caro, pero rara vez tiene dinero para pagar comestibles.

Otra dama sale a la puerta a poco andar. Viste con excesiva elegancia, que el canasto colgado de un brazo corrige violentamente. Con su piel al cuello, su man-

guito colgante y el zapato de charol, denuncia una obrerita de casa fuerte que deja hecha sus compras antes de marchar a la tienda.

El vendedor callejero penetra al fondo del suburbio, bordea los baches y los montones de cieno de las vías en perpetua compostura y se detiene ante la puerta carcelaria del conventillo, cuyas celdas se enfilan hacia adentro con uniformidad fría y anti-pática.

Aquí es un pobre entre pobres—algunos mucho más pobres que él mismo;—su situación no es ya del que defiende su mercancía de los dengues de la avaricia, sino la situación del que contemporiza con la necesidad sin recursos. Su mano, que solía ser dura en los barrios lujosos, se abre aquí en ocasiones, con esa fácil simpatía que nace entre necesitados.

✽

Al falte clásico que voceaba por calles y caminos las "cosetienda", ha sucedido el turco incansable y sobrio como los camellos de sus colonias. El gusto del pueblo por los abalorios, la rebaja en el precio y la baratatura ordinaria, han encontrado su hombre.

Pero apenas triunfa el turco, disputándole la clientela el italiano que pasea por calles y plazas su encatrado repleto de insignificancias. —¡Todo a cuarenta!—y los presuntos marineros con facha de contrabandistas que, con su camisa azul-marino, su jerga inglesa y su bolsa de casimires se atrapan al comprador gesticulando, contando con los dedos y lanzando miradas maliciosas o furibundas.

Todos se disputan la moneda que el comprador retiene cada vez más flojamente mientras le llega el momento de sucumbir a la tentación del artículo o a la sugestión del vendedor; la moneda que este ve como supremo fin de sus andanzas.

E. M.

